

### III Coloquio internacional de teoría crítica

#### **El fetichismo de la mercancía bajo su forma de «teoría de la crisis del trabajo abstracto»\***

**Juan Iñigo Carrera**  
**CICP**

La convocatoria al presente coloquio se realiza bajo la invocación de «la crisis del trabajo abstracto». De modo que la discusión debería partir de contestar una pregunta elemental: ¿qué es el trabajo abstracto? Por supuesto, todo podría reducirse a una cuestión de definición, de la enunciación de un concepto, de una categoría. Pero, en el método dialéctico, las definiciones, los conceptos no constituyen el punto de partida.<sup>1</sup> Al contrario, constituyen el punto en que cabe sintetizar bajo un nombre al desarrollo de las determinaciones realizadas en el concreto en cuestión.

Arranquemos, pues, tomando como nuestro concreto más simple al proceso de vida humano.

#### **La unidad del proceso de metabolismo social establecida por la forma de valor, o sea, la mercancía como relación social general de los individuos libres**

Como toda existencia viva, la vida humana es un proceso de metabolismo en el cual el sujeto gasta una porción de su propio cuerpo para apropiarse de su medio, reproduciéndose así como tal sujeto vivo. En la generalidad de las especies animales, el gasto de energía que realiza el sujeto a expensas de su cuerpo para apropiarse de su medio resulta comúnmente en la reproducción del cuerpo mismo del sujeto. El trabajo que éste realiza, en el sentido más genérico de gasto de energía dirigido a un fin, arroja de manera inmediata la apropiación del medio de vida. De manera que el animal sólo puede realizar esta apropiación de sus medios de vida si los encuentra a su alcance en la naturaleza. El modo general que tiene de ampliar este alcance es la mutación de su propio cuerpo, de manera de multiplicar las potencialidades de éste respecto de las de su medio natural. De ahí que la necesidad inherente a todo ser vivo de expandir su capacidad para apropiarse del medio sólo se ponga abiertamente de manifiesto frente a cambios críticos en éste, bajo la apariencia de tratarse de una necesidad que sólo puede ser puesta en marcha respondiendo a un estímulo exterior, o sea, como la necesidad de adaptarse al medio.

---

\* Este texto reúne de manera sintética los desarrollos elaborados en los libros *EL capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003 y *Conocer el capital hoy - Usar críticamente «El Capital», Volumen I, La mercancía o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

<sup>1</sup> «Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un concepto, ... De prime abord, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”». (Marx, Karl (1879-80) *Notas marginales al ‘Tratado de economía política’ de Adolph Wagner*, Cuadernos de Pasado y Presente, 97, México (d.f.), 1982, p. 48)

Como expresión de la necesidad de multiplicar la capacidad del gasto del cuerpo para reproducirlo, el proceso de metabolismo animal cobra una forma compleja. El sujeto comienza gastando una porción limitada de su cuerpo para apropiarse de la potencialidad que tiene su acción respecto de la potencialidad del medio, y sólo si este gasto limitado reconoce en su propio medio un medio apto para la reproducción del cuerpo en su unidad, se desencadena el proceso de apropiarse de manera plena del medio. La acción de apropiarse del medio se desarrolla así a lo largo de dos momentos: arranca con el conocimiento de la potencialidad de la propia acción respecto de la del medio, para culminar con la apropiación efectiva del medio. El primer momento, la acción de apropiarse virtualmente del medio, o sea, la acción de conocerse como sujeto respecto del medio, no es sino la acción de organizar la acción de apropiarse efectivamente de éste. El proceso de conocimiento es la acción de organizar la propia acción.

Esto es lo que realiza la ameba cuando extiende un pseudópodo. Gasta sólo una porción de su cuerpo tocando un medio que, si destruye esa porción, la hace retroceder. En cambio, si el medio le permite reproducir su porción de cuerpo, lanza todo éste para incorporárselo. Por supuesto, el proceso de organizar la acción avanza en la complejidad de sus formas y en el desarrollo de las porciones del cuerpo que se especializan en él, tanto como se desarrolla el alcance que tiene la potencialidad del sujeto vivo respecto de su medio.

El ser humano se diferencia genéricamente de las especies animales por la potencialidad que tiene para expandir la apropiación de su medio, no ya mutando su propio cuerpo, sino expandiendo su capacidad para actuar sobre los objetos naturales a fin de transformar a éstos en medios para esta misma acción y, con esta acción sostenida en ellos, producir medios para la reproducción de la vida humana. En pocas palabras, el ser humano se diferencia como género de las especies animales por su capacidad para apropiarse de su medio a través del trabajo productivo de valores de uso.

Esta forma peculiar que tiene el momento del proceso de metabolismo en que se gasta el cuerpo para transformar al medio en un medio para sí, da una forma también peculiar a la porción de dicho gasto aplicado a organizar la unidad de la acción. En un principio, el proceso de vida humano apenas se diferencia del de los mamíferos superiores. Pero el desarrollo de la capacidad humana para transformar el medio en un medio para sí va tomando forma en la creciente separación instrumental, espacial, temporal y personal entre la acción que abre un ciclo de metabolismo y el resultado que lo cierra reproduciendo al sujeto humano. Llega así un punto en que el conocimiento de la propia potencialidad respecto de la potencialidad del medio sólo puede realizarse como un proceso que se conoce a sí mismo en su propia potencialidad. Esto es, como un proceso de conocimiento que se reconoce a sí mismo como tal, como un proceso cuyo sujeto se sabe a sí mismo un individuo que conoce. El proceso de gasto productivo de una porción del cuerpo para organizar el trabajo que abre el metabolismo humano toma así una forma que le es genéricamente propia: el conocer consciente, o sea, la conciencia. Y la conciencia desencadena el gasto productivo pleno del cuerpo porque sabe el fin de esta acción, esto es, tomando la forma de voluntad. A partir de ese momento, el trabajo humano se convierte en una acción consciente y voluntaria, en una acción que conoce su propia necesidad, sus determinaciones, y que se desencadena porque conoce cuál es el fin que va a lograr con ello.

La potencialidad humana para expandir su apropiación del medio no se diferencia ya simplemente de la de las especies animales en general por realizarse transformando al medio a través del trabajo. Ni la diferencia se reduce a una cuestión de grado respecto de las especies animales que actúan transformando su medio. Como

producto de su propio desarrollo, el género humano pasa a distinguirse de las especies animales porque su trabajo, y por lo tanto su proceso de metabolismo mismo, es una acción regida de manera consciente y voluntaria.

La historia natural de la vida humana es la historia del desarrollo de las potencias productivas del trabajo y, por lo tanto, del desarrollo de los modos de organizarse éste, o sea, del desarrollo de la conciencia y la voluntad. Dado que cada generación humana entrega a la siguiente un mundo que ha transformado de manera consciente y voluntaria, podemos decir que el ser humano es un sujeto histórico, esto es, que tiene historia, en contraste con el simple devenir de las especies animales.

Ante todo, el trabajo es un proceso de carácter individual: no hay modo de trabajar si no se gasta el propio cuerpo en el proceso. Por lo tanto, las potencias productivas del trabajo se realizan como atributo del trabajo individual: el hecho de que un productor sea más o menos hábil, más o menos rápido, etc. se encuentra portado en su subjetividad productiva individual. Pero estas fuerzas productivas del trabajo no brotan de la individualidad abstracta del que trabaja, sino que, cada individuo porta en su cuerpo, en su subjetividad productiva individual, fuerzas productivas que han llegado hasta él por la acción del trabajo de otros individuos. Por lo tanto, lo que porta en su individualidad son las fuerzas productivas del trabajo social. Esto es, las potencias productivas del trabajo individual son, ante todo, potencias productivas del trabajo social. Al mismo tiempo, la cooperación con otros individuos en el mismo proceso de trabajo, la realización de un trabajo inmediatamente colectivo, multiplica las potencias productivas más allá del alcance del trabajo individual aislado. De modo que el trabajo individual no es sino una porción orgánica que integra un proceso de cooperación productiva general. Otra vez, las fuerzas productivas del trabajo individual son fuerzas productivas del trabajo social. En síntesis, el trabajo es siempre una actividad que encierra esta doble determinación: es un gasto productivo de cuerpo individual que realiza las potencias productivas propias del carácter social del trabajo.

El segundo momento del proceso de metabolismo humano es el del consumo. El sólo hecho de que el trabajo sea en su forma concreta un proceso individual, hace evidente que el consumo de medios de producción, o sea, el consumo productivo, es de manera inmediata un proceso individual. Pero, en cuanto los medios de producción de uno son el producto del trabajo de otros y, a su vez, su consumidor produce para otros, ese consumo productivo individual se encuentra socialmente determinado. A su vez, el momento de cierre del ciclo de metabolismo humano, el consumo de medios de vida, o sea, el consumo que reproduce el cuerpo de su sujeto, es un proceso necesariamente individual. Se trata de un proceso tan necesariamente individual por su mismo objeto, que podemos contraponerlo como un puro consumo individual respecto del consumo productivo de medios de producción, cuyo resultado es una existencia exterior a la persona de quien lo realiza. No hay modo de consumir medios de vida si no se interviene individualmente en el proceso de tal consumo: ningún individuo puede nutrirse porque otro individuo consuma alimentos. Sin embargo, dado que el consumo individual se nutre de los productos del trabajo social y que, al mismo tiempo, reproduce a su sujeto como portador individual de las fuerzas productivas de la sociedad, dicho consumo se encuentra determinado como la forma concreta de una necesidad orgánica que trasciende toda individualidad abstracta. El consumo de cada uno se encuentra determinado por las necesidades de consumo de los demás. El consumo es siempre una actividad individual cuyas potencias están socialmente determinadas.

En tanto el proceso de vida humana se realiza sobre una base puramente natural, el proceso de metabolismo humano no se diferencia del de cualquier especie animal.

Sólo cuando se sustenta en el consumo de los productos del trabajo, el proceso de metabolismo humano se constituye genéricamente en tal.

Por lo tanto, cuando un individuo trabaja produciendo para su propio consumo, se está produciendo a sí mismo como un ser humano. Pero cuando produce valores de uso para el consumo de otros, cuando realiza un trabajo socialmente útil, lo que produce es la condición material para que otros seres humanos puedan realizar su proceso de metabolismo como tales. De modo que, el producto de su trabajo no son simplemente valores de uso, sino otros seres humano. En tanto un ciclo de metabolismo humano se abre con el gasto del cuerpo de un individuo en el proceso de trabajo, para cerrarse con la reproducción del cuerpo de otro individuo mediante el consumo de los valores de uso directa o indirectamente producidos por el primero, el proceso de metabolismo humano se encuentra determinado como un proceso de metabolismo social. Y también lo es en cuanto los dos extremos de este proceso se encuentran mediados porque un individuo consume productivamente para su propio trabajo el producto del trabajo de otro individuo.

Tomado el proceso de metabolismo humano en su unidad social, vemos que la conciencia y la voluntad son atributos portados por cada subjetividad productiva individual. Pero no son simplemente las formas en que cada uno organiza su proceso de trabajo abstractamente individual, sino que son las formas en que se organiza el carácter social del proceso de metabolismo humano. La conciencia y la voluntad son las formas de acción humana portadoras de la organización del proceso de metabolismo social. Son la acción a través de la cual cada individuo se reconoce a sí mismo, y actúa, como portador individual de las fuerzas productivas del trabajo de la sociedad. Son las portadoras de las relaciones propiamente humanas con que se rige el proceso de metabolismo social. Son, por lo tanto, las portadoras de las relaciones que rigen el proceso natural de metabolismo humano de un modo que les es genéricamente propio. Relaciones a las que reconocemos sintéticamente en su misma determinación genérica, diferenciándolas de cualquier otra forma de relación natural, bajo el nombre de relaciones sociales.

La primera cuestión que debe resolver cualquier sociedad humana para reproducir su vida, es el modo en que va a asignar la capacidad total de trabajo de la que dispone para efectuar su proceso de metabolismo social, a fin de aplicarla bajo las distintas formas concretas útiles de trabajo a ser realizadas individualmente por sus miembros. En los modos más primitivos del desarrollo histórico de la humanidad, la asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad bajo las distintas formas concretas útiles de trabajo a ser realizada por cada individuo se resuelve a través de las relaciones de interdependencia personal directamente establecidas al interior de cada comunidad, al principio sobre una base simplemente animal. En la sociedad esclavista, el problema lo resuelve la relación directa de subordinación personal de los esclavos al amo. Mediante ella, éste ordena a aquéllos los trabajos concretos que debe realizar cada uno de ellos; o delega su autoridad personal en un esclavo o grupo de esclavos que imponen esta asignación en su nombre. La conciencia de los esclavos reconoce en la persona del amo, aunque más no sea por la fuerza de los palos, la potestad de organizar su trabajo social, a la cual deben someter su voluntad. En una sociedad feudal tributaria en especie, el siervo asigna su capacidad individual de trabajo de modo de reproducir su vida y entregar los valores de uso que constituyen el tributo para el señor al que se encuentra sometido por las relaciones personales directas de vasallaje y, nuevamente, el ejercicio de éstas a palos. En cada una de estas sociedades, las relaciones sociales de interdependencia y subordinación se manifiestan como atributos inherentes por

naturaleza a las personas involucradas. El señor es tal por la gracia de dios, así como el siervo lo es por similar desgracia.

Pero concentrémonos en el modo capitalista de organizar la producción social, donde imperan los productores de mercancías. Son tales, precisamente, por tener el dominio pleno sobre sus respectivos procesos de trabajo individual y, por lo tanto, por realizar individualmente sus respectivas porciones de trabajo social de manera privada e independiente unos de otros. Como tales individuos mutuamente independientes, carecen de toda relación directa personal que rija la organización social de sus trabajos. Son individuos libres, en el sentido de que sus conciencias y voluntades no se encuentran sometidas a las de ningún otro por relaciones de dependencia personal, voluntarias o forzadas, en la organización de su trabajo individual realizado para esos otros. De manera recíproca, ninguno puede imponer su conciencia y voluntad sobre la de los demás en el proceso en que éstos organizan su trabajo individual para otros. Por lo tanto, en el momento mismo en que cada uno debe lanzarse a trabajar para el consumo de los otros, enfrentan el problema de cómo organizar este trabajo social sin contar con más relación social entre ellos que la de ser, cada uno, portador individual de una porción de la capacidad total de la sociedad para realizar trabajo en general, es decir, para gastar la materialidad de su cuerpo bajo una forma concreta que produzca un valor de uso social cualquiera, para realizar trabajo abstracto. ¿Qué hacen, entonces?

Cada uno aplica su cuota de la capacidad para realizar trabajo social en general, gastando productivamente su cuerpo individual, o sea, sus músculos, su cerebro, etc., bajo una forma concreta determinada según lo que su conciencia de individuo libre le dice va a resultar en un valor de uso social, o sea, para los otros. Pero no tiene modo de imponer esta condición sobre la conciencia y voluntad de los otros. Por el contrario, es una potestad de la conciencia y voluntad privada de esos otros el resolver cuáles de las cosas que han producido privadamente los demás van a consumir y, por lo tanto, van a reconocer como parte del producto social, como valores de uso sociales. Si en el momento de realizar su trabajo, cada uno actuaba afirmándose en su libertad respecto de aquel para el cual trabajaba, ahora cada uno actúa afirmándose en su libertad respecto de aquel que trabajó para él. Se trata, pues, de la potestad que tienen los otros de reconocer el carácter social del trabajo realizado por cada uno, no en el momento efectivo de esa realización donde cada uno actúa de manera privada e independiente respecto del otro, sino una vez que dicho trabajo ya ha sido materializado en su producto. Pero se trata de una potestad personal que cada uno puede ejercer respecto del producto de otro sólo si, a su vez, ese otro ejerce la suya respecto del producto de uno. Por lo tanto, se trata de una potestad personal que cada uno tiene indirectamente sobre el otro que, al mismo tiempo, no es ninguna potestad personal sobre el otro. La relación social de los productores de mercancías no tiene cómo tomar la forma concreta de una potestad personal directa en el momento en que cada uno realiza privadamente su trabajo social, y sigue sin tener cómo hacerlo en el momento en que cada uno reconoce privadamente el carácter social del trabajo hecho para él. La unidad de estos dos momentos toma entonces la forma concreta de una relación social indirecta entre las personas que está portada como la potestad que tienen los productos del trabajo social realizado de manera privada e independiente para cambiarse unos por otros.

Si el producto de un trabajo privado es capaz de cambiarse por el de otro, habrá confirmado su condición de materialización de trabajo social como valor de uso para el consumo de alguien distinto a su productor. Al haberse producido un valor de uso social mediante el gasto privado e independiente realizado bajo una forma concreta adecuada de la porción correspondiente de la capacidad total de la sociedad para realizar trabajo humano en general, se habrá producido valor. Esto es, se habrá producido un valor de

uso que tiene aptitud social para el cambio. Y esta aptitud se pondrá de manifiesto como la capacidad de una mercancía para entrar en relación de cambio con otra en la proporción que corresponde a su condición recíproca de materializaciones de la misma cantidad de trabajo abstracto, esto es, como valor de cambio. Si ese producto es incapaz de atraer a otro, habrá con ello demostrado que la porción de capacidad de trabajo social en general aplicada a su producción ha sido gastada de manera socialmente inútil. No habrá producido un valor de uso social ni, por lo tanto, valor.

El trabajo abstracto socialmente necesario gastado para producir una mercancía se representa como la aptitud de ésta para relacionarse con otra en el cambio, o sea, como su valor, porque esta cambiabilidad de las mercancías es la forma indirecta en que se impone la unidad de la producción social cuya organización se rige de manera privada e independiente. La forma de valor que tienen las mercancías es la relación social general que establecen de manera indirecta entre sí los productores privados e independientes. Dicho de otro modo, la mercancía es la relación social general materializada que rige la producción -y, por lo tanto, el consumo- en la sociedad donde el trabajo social se realiza de manera privada e independiente. Así resuelve esta sociedad la asignación de su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste que realiza cada uno de sus miembros y, por lo tanto, la unidad entre las fuerzas productivas propias de cada individuo y la determinación de las mismas como fuerzas productivas sociales, entre la materialidad individual del consumo y la determinación de la misma como forma concreta del proceso de reproducción social, entre la producción y el consumo sociales. En síntesis, el cambio de mercancías, o sea, el mercado, es el modo en que los individuos libres resuelven la unidad de la organización de su proceso de metabolismo social a través de darle a su relación social general la forma indirecta de una relación entre cosas.

### **La conciencia y voluntad de los productores de mercancías**

Los productores de mercancías son individuos libres que no se encuentran sometidos al dominio personal de nadie. Son dueños de sus conciencias y voluntades individuales. Disponen por sí de sus personas para aplicar su capacidad individual de trabajo del modo concreto en que sus conciencias y voluntades individuales consideren apropiado. Son, por lo tanto, recíprocamente independientes en el ejercicio de su atributo genéricamente humano, el trabajo. Sin embargo, estos individuos recíprocamente independientes guardan entre sí un grado de interdependencia social nunca visto antes en la historia humana. Como es común a toda forma histórica, el consumo de cada uno depende de la producción de los demás, a través de la división social del trabajo. Pero, en su caso, el consumo de cada uno depende directamente del consumo de los demás: para poder comprar las mercancías que necesitan consumir, primero tienen que haber vendido las propias y, por lo tanto, primero tienen que haber satisfecho una necesidad del consumo social. Bajo la apariencia de ser individuos absolutamente independientes, son individuos absolutamente interdependientes. Su interdependencia social absoluta toma la forma concreta de la ausencia de todo vínculo personal directo. Dicha interdependencia sólo se pone de manifiesto de manera indirecta, a través del cambio de mercancías en que cada uno aparece afirmando su condición de individuo plenamente libre respecto de los otros.

Como individuo personalmente libre que tiene el control pleno sobre su trabajo individual, el productor de mercancías se entera, ante todo, que tiene que aplicar su conciencia y voluntad libres a producir un valor de uso para el consumo social. Pero

debe tener en cuenta que en el reino de los individuos personalmente libres que es el modo de producción capitalista, para la organización del trabajo de la sociedad la necesidad social no se presenta como un atributo personal. Sólo cuenta como necesidad social aquella que es portadora de la relación social general cosificada, del dinero. Esto es, sólo cuenta la necesidad social que tiene capacidad de compra, o sea, la necesidad social solvente. Si el productor de mercancías no encuentra para su producto quien porte consigo el vínculo social que expresa esta forma específica de necesidad social, es decir, si no encuentra a quién venderle el producto de su trabajo privado, se va a encontrar con que sus propias necesidades de consumo han dejado de contar como necesidades sociales y que, por lo tanto, se encuentra privado de participar en el consumo social. De modo que sabe que no basta con producir valores de uso para otros; que lo que debe producir son valores de uso portadores de valor y, como tales, capaces de atraer en el cambio a otros objetos también portadores de valor. Dicho directamente, sabe que lo que debe producir es valor. Que éste es el único fin al que debe aplicar su conciencia y voluntad libres, en cuanto participante en la organización general del proceso de vida humana. Que sólo si produce valor habrá producido indirectamente valores de uso para sí. Desde el punto de vista de la materialidad del proceso de metabolismo social, productivo es todo trabajo que produce valores de uso sociales; desde el punto de vista específico de la organización del trabajo social mediante la producción de mercancías, sólo es productivo el trabajo que produce valor. Como expresión de una simple necesidad humana, el hambre es hambre; como necesidad capaz de expresarse respecto de la organización del trabajo social en el modo de producción capitalista, como hambre sólo cuenta aquella que tiene capacidad de compra, el hambre «solvente».

Todo productor de mercancías sabe, desde su más tierna infancia, que el valor tiene una forma de existencia objetiva: el dinero. Sabe, por lo tanto, que su capacidad para participar en el consumo social -tanto en el consumo productivo como en el consumo individual- o sea, su relación social general con los demás, la ha de llevar consigo en el bolsillo bajo la forma de esa cosa, que es el dinero. De modo que aprende muy tempranamente que su capacidad para relacionarse socialmente de modo general no es un atributo personal suyo sino un atributo del producto de su trabajo expresado en la capacidad de éste para atraer al dinero y cambiarse por él.

No es posible trabajar sin aplicar la propia conciencia y voluntad a la realización del fin previsto. Y la conciencia y voluntad del productor de mercancías son las de un individuo libre, es decir, las de un individuo que tiene el control pleno sobre su proceso individual de trabajo. Por lo tanto, cuando trabaja, pone en acción las potencias productivas de su trabajo individual de una forma mucho más rica que lo que puede hacer un trabajador coartado en su libre subjetividad individual por sus relaciones de dependencia personal. Cuanto más le pertenece a sí mismo el control sobre su proceso de trabajo individual, esto es, cuanto más su conciencia y voluntad dominan las determinaciones de su trabajo individual, más se afirma el individuo que trabaja en su personalidad humana. El carácter libre del trabajo es, en sí mismo, una fuerza productiva humana. Pero, cuando el productor de mercancías trabaja, no puede aplicar su conciencia y voluntad simplemente a la producción de un valor de uso para otros; las tiene que poner al servicio de la producción de valor. Su trabajo no sólo debe producir un objeto socialmente útil, un valor de uso social; debe producir, al mismo tiempo, su relación social general; debe producir valor. No se trata, pues, meramente de un proceso de producción de valores de uso, socialmente mediado por la forma de valor de éstos. Se trata de una producción social de valores de uso que se rige teniendo por objeto inmediato la producción de valor. Sólo se producen valores de uso sociales y, por lo tanto, seres humanos, a condición de que se produzca valor.

Porque realiza su trabajo de manera privada e independiente, el productor de mercancías tiene el control pleno sobre el carácter individual del mismo, pero carece de todo control sobre su carácter social; esto es, sobre sus potencias, sus determinaciones, sociales. Las potencias de su propio trabajo individual respecto de la unidad del proceso de metabolismo social, escapan completamente a su control. No tiene modo de dominar el entrelazamiento en que necesariamente entra su trabajo individual con el de los demás, que da cuerpo a dicho proceso. No puede realizar su trabajo de un modo inmediatamente social, cooperando con otros productores, porque carece de todo vínculo social con ellos para organizar su trabajo colectivo de manera directa. Ni siquiera puede saber si su trabajo es socialmente útil o no en el momento en que lo realiza. Su libertad consiste en que domina conscientemente por sí, y realiza a su voluntad, las determinaciones de su trabajo individual. Pero las determinaciones sociales de su trabajo escapan por completo al alcance de su conciencia, y su voluntad debe someterse ciegamente a ellas. Es un individuo libre en su trabajo individual, pero carece de toda libertad respecto de las determinaciones sociales de su trabajo.<sup>2</sup> No porta en su persona ninguna capacidad para participar directamente en la organización de su propio proceso de metabolismo social. Por eso, tiene que someter su conciencia y voluntad de individuo libre a las potencias sociales del producto de su trabajo. No está sujeto al dominio personal de nadie, pero tiene que ser el sirviente de su mercancía. Si se rebela contra esta condición, si, por ejemplo, un productor independiente pretende negarse a obedecer en privado los mensajes respecto de la utilidad o inutilidad social de su trabajo que le llegan vía el mercado, acaba por encontrarse imposibilitado de disponer de su relación social general y, por lo tanto, de reproducir su propia vida.

El valor no es un atributo social propio de su persona, sino del producto material de su trabajo. Por lo tanto, es un atributo social de un objeto exterior a su persona, de un objeto que, por mucho que sea el resultado de su actividad consciente y voluntaria, y le pertenezca como su propiedad privada, es distinto de su persona. En las sociedades organizadas sobre la base de las relaciones directas entre las personas -sean ellas las propias de la comunidad primitiva, del esclavismo, del feudalismo, de la familia o la amistad modernas, etc.- cada individuo porta como un atributo personal suyo su dependencia social. Su vínculo social es inseparable de su personalidad como miembro de tales sociedades. Por el contrario, el productor de mercancías carece de toda capacidad para relacionarse directamente con los demás de manera general; este atributo social es ajeno a su persona. No por nada es un individuo libre de todo vínculo de dependencia personal directa. Su conciencia y voluntad libres se han aplicado al servicio de una potencia social ajena a él y que le pertenece a la mercancía: ésta, y no su productor, es la que posee la capacidad, la potencia, para relacionarse socialmente con las otras en el cambio. El producto material de su trabajo lo enfrenta como una potencia social que es ajena a él y a la cual debe someter su conciencia y voluntad de individuo libre. Así como la voluntad del productor de mercancías tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado de su trabajo individual realizado de manera independiente del de los demás, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Por lo tanto, la conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son la forma en que se realiza la enajenación de su conciencia y voluntad como atributos de la

---

<sup>2</sup> «La libertad de la voluntad no es, pues, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Por lo tanto, cuanto *más libre* sea el juicio de un ser humano respecto a una determinada cuestión, con tanta mayor *necesidad* va a estar determinado el contenido de ese juicio; ... [la libertad] es, ..., necesariamente un producto del desarrollo histórico.» Engels, Friedrich (1877/78), *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft* (“*Anti-Dühring*”), Marx/Engels *Ausgewählte Werke*, Dietz Verlag, Berlin, 1985, T. V, p. 128, traducción propia.

mercancía. En el mismo acto en que se afirma como portador de una conciencia y voluntad libres en la plenitud individual de sus atributos genéricamente humanos, esto es, en el mismo acto en que pone en acción su conciencia y voluntad libres para regir su proceso de trabajo individual de manera privada e independiente, lo que está poniendo en acción es su conciencia y voluntad enajenadas en la mercancía. El acto en que su conciencia y voluntad dominan por sí las determinaciones de su trabajo individual afirmándolo como un individuo libre, es el acto en que su conciencia y voluntad dan cuerpo a su impotencia para dominar las determinaciones sociales de su trabajo, realizando su falta absoluta de libertad respecto de ellas. El momento en que actúa como individuo libre produciendo mercancías, es el momento en que actúa como productor de valor y, por lo tanto, como individuo enajenado en su mercancía. El acto en que su conciencia y voluntad libres someten materialmente las cosas a su dominio privado, se encuentra regido por el sometimiento de su conciencia y voluntad libres al dominio que esas mismas cosas ejercen sobre ellas, como portadoras del carácter social de su trabajo. Su conciencia y voluntad libres son la forma de realizarse su conciencia enajenada. El productor necesita aplicar los atributos de su personalidad humana, su conciencia y voluntad, como si fueran atributos de su mercancía. Tiene que actuar como personificación de su mercancía. Desde el punto de vista de su participación en el trabajo social, este productor libre no puede tener más voluntad que la de producir valor. Para la organización del trabajo social no cuenta como persona, sino como personificación de su mercancía. Sólo como tal personificación puede relacionarse socialmente, o sea, cuenta para el ejercicio de su relación social general. Nuevamente, la conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son la forma concreta de su conciencia y voluntad enajenadas en la mercancía.

Cuando un individuo trabaja se afirma en su ser genéricamente humano. Y esta afirmación alcanza su plenitud cuando el control sobre las determinaciones del gasto individual del cuerpo del individuo que trabaja se encuentra bajo el dominio pleno de su propia conciencia y voluntad. Por lo tanto, cuando el productor de mercancías trabaja, se afirma en su ser genéricamente humano por encima de lo que puede hacerlo el esclavo o el siervo, cuyos procesos individuales de trabajo se encuentran sometidos al dominio personal de otros. Pero el productor de mercancías realiza esta afirmación plena de su personalidad humana sólo a expensas de negarla en su impotencia personal para dominar las determinaciones sociales de su trabajo. El dominio de estas determinaciones se le enfrenta como una potencia ajena a él, que le pertenece autónomamente a las cosas producto de la realización de su ser genérico humano. Con lo cual las potencias de su propio ser genérico humano se le presentan invertidas como un atributo de las potencias sociales de esas cosas, a cuyo servicio tiene que poner su conciencia y voluntad de persona libre.

Para poder reproducir su personalidad humana, para afirmarse como persona, o sea, para poder consumir como ser humano y, por lo tanto, para poder consumir los valores de uso producto del trabajo social, el productor de mercancías necesita haberse afirmado antes como personificación de su mercancía. Necesita haber producido un valor de uso social portador de valor. Por ejemplo, para un padre, el darle de comer a sus hijos es afirmarse en los atributos personales de padre; se trata de una necesidad personal suya. Pero, en el modo de producción capitalista, no es posible realizar esta condición de persona humana sin antes haber actuado apropiadamente en la condición de personificación de la mercancía: para comprar la comida de los hijos, primero hay que haber vendido otra mercancía. «El que tiene guita hace lo que quiere», dice el saber popular, reconociendo claramente que el libre ejercicio de la voluntad no es un atributo

que la persona dispone por sí, sino que es un atributo que su relación social general materializada refleja en ella.

Eso de ser una persona cuya conciencia y voluntad libres se encuentran enajenadas como atributo social del propio producto material no parece ciertamente una condición para festejar. Sin embargo, ¿a qué le debe el productor de mercancías su condición de individuo libre? Se la debe a que no se encuentra sometido a dependencia personal alguna en la organización de su trabajo individual; o sea, a que realiza su trabajo de manera privada e independiente. De modo que la unidad del proceso de producción y consumo social del que él es un órgano individual, se establece a través de la representación del trabajo socialmente necesario gastado individualmente de manera privada e independiente, como el valor de las mercancías. De no establecerse de este modo, necesitaría hacerlo a través de las relaciones de dependencia directa entre las personas. Sólo a través de estas relaciones, podrían los productores organizar su trabajo de manera inmediatamente social. En cuyo caso, lejos de ser individuos libres unos respecto de los otros, los productores acarrearían en sus personas una multitud de relaciones de sujeción mutua. El productor de mercancías le debe su conciencia y voluntad libres precisamente al hecho de producir mercancías, al hecho de no realizar su trabajo de manera inmediatamente social sino de manera privada e independiente, al hecho de producir un objeto que tiene el atributo social de enfrentarlo como ajeno a él y dominarlo. Por lo tanto, el productor de mercancías le debe su conciencia y voluntad libres a su voluntad y conciencia enajenadas. Se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente del carácter social de su producto. La libre conciencia y voluntad individual, el individuo libre de toda subordinación personal, dista de ser un producto abstractamente natural. Sólo nace a la historia como producto específico de la producción de mercancías y, por lo tanto, como producto de la conciencia enajenada en ellas. Tal es la naturaleza objetiva de la libertad humana hasta aquí en la historia.

### **El ocultamiento de la especificidad del carácter privado del trabajo social en el modo de producción capitalista mediante la inversión del trabajo abstracto como forma social específica**

Volvamos sobre el trabajo humano. El trabajo es la acción humana que se rige de manera consciente y voluntaria con el propósito de transformar la materialidad de los objetos existentes exteriormente al propio cuerpo en valores de uso. Trabajar es la acción de gastar el propio cuerpo de manera consciente y voluntaria bajo una modalidad tal que de ella resulte un valor de uso.

En cuanto el trabajo interviene en la producción como una acción de cualidades concretas específicas, arroja valores de uso que se diferencian unos de otros por su aptitud para satisfacer una u otra necesidad humana. Sin embargo, por mucho que difieran sus formas concretas, todos los trabajos implican el gasto material del cuerpo del individuo que los realiza, el gasto material de energía humana, en proporción a la intensidad y a la duración de la actividad. Se trata del simple gasto de fuerza humana de trabajo, del gasto consciente y voluntario de músculos, cerebro, etc. humanos efectuado con el fin de transformar un determinado objeto en un valor de uso, cualquiera sea la forma concreta en que se lo haya realizado. Dicho gasto material de cuerpo humano es la materialidad del trabajo humano abstracto.

Esta determinación de la materialidad del trabajo abstracto es la que descubre de manera original Marx, al avanzar en su análisis superando cualquier apariencia de que dicha materialidad se redujera a la simple indiferencia entre los trabajos concretos:

Si prescindimos del carácter concreto de la actividad productiva y, por tanto, de la utilidad del trabajo, ¿qué queda en pie de él? Queda, simplemente, el ser un *gasto de fuerza humana de trabajo*. ... el ser un gasto productivo de cerebro *humano*, de músculo, de nervios, de brazo, etc. (Marx, Carlos (1867), *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 11)

El trabajo abstracto es una determinación inherente a la materialidad del trabajo humano y, por lo tanto, inherente a éste cualquiera sea la forma social con que se lo organice. No se puede realizar trabajo concreto sin gastar cuerpo humano, no se puede gastar productivamente cuerpo humano sin hacerlo de un modo determinado.

Marx remarca esta condición material, por completo ajena como tal al carácter fetichista de la conciencia del productor de mercancías:

Como vemos, el carácter místico de la mercancía no brota de su valor de uso. Pero tampoco brota del contenido de sus determinaciones de *valor*. En primer lugar, porque por mucho que difieran los trabajos útiles o actividades productivas, es una verdad *fisiológica* incontrovertible que todas esas actividades son funciones del organismo *humano* y que cada una de ellas, cualesquiera que sean su contenido y su forma, representa un gasto esencial de cerebro humano, de nervios, músculos, sentidos, etc. (Marx, Carlos, op. cit., p. 35)

Por lo tanto, hablar de «la crisis del trabajo abstracto», sólo puede implicar dos cosas. La primera, que se trata de un sinsentido, ya que en tanto exista la vida humana, el trabajo abstracto será una condición natural de la misma. La segunda, que se le está dando el nombre de trabajo abstracto a algo muy distinto que a lo así llamado por Marx.

En el texto presentado para este coloquio, Holloway se inclina sin duda por esta segunda opción, ya que le atribuye al trabajo abstracto un carácter histórico específico:

El trabajo útil produce valores de uso y existe en cualquier sociedad, pero en el capitalismo existe en la forma de trabajo abstracto, trabajo abstraído de sus especificidades, trabajo que produce valor. (Holloway, John, «La crisis del trabajo abstracto», III Coloquio internacional de teoría crítica, organizado por Herramienta-IADE, Buenos Aires, 2007)

Sin embargo, Holloway tampoco duda en atribuir el uso que él le da al término «trabajo abstracto», al propio Marx. Más aún, en contra de la afirmación explícita de Marx recién citada, acerca de que el carácter fetichista de la mercancía no tiene nada que ver con el carácter abstracto del trabajo, Holloway pretende presentar a Marx como si fuera la fuente de la afirmación contraria:

La abstracción del trabajo es la fuente de lo que Marx llama "el fetichismo de la mercancía", un proceso de separación entre lo que hemos creado y el proceso de creación. (Holloway, John, op. cit.)<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Esto de atribuirle a Marx lo contrario de lo que textualmente dice tiene una larga historia marxista. Respecto del trabajo abstracto, arranca con Rubin. Para justificar su afirmación de que el trabajo abstracto tiene un carácter histórico simulando que quien habla así es Marx, Rubin no duda en tratar a Marx de ser un incoherente que, allí donde por primera vez en la historia, exponía la materialidad del trabajo abstracto en el curso de descubrirla como la substancia del valor cuando el trabajo social se realiza de manera privada e independiente, escribía «frases» que, «literalmente», «no pueden en modo alguno ser compatibles con la totalidad de su teoría del valor»:

Podemos ver que la mayoría de los autores entendieron el trabajo abstracto de un modo simplificado, en el sentido de trabajo fisiológico. ..., esos autores prefirieron limitarse a una repetición literal de unas pocas frases que Marx dedicó al trabajo abstracto en la sección segunda del capítulo I de *El capital*.

¿Qué necesidad social toma forma concreta en el empeño de Holloway por presentar al trabajo abstracto bajo la apariencia de ser una forma histórica? ¿Y por qué en lugar de plantear esta inversión como una concepción de su propia cosecha, Holloway pretende hacerla pasar por una elaboración de Marx? ¿De qué determinación de la conciencia estamos hablando aquí?

La respuesta a estas preguntas comienza a hacerse manifiesta en cuanto se nota que la pretensión de darle al trabajo abstracto la apariencia de ser una forma histórica, saca de la vista la verdadera forma históricamente específica del trabajo social en el modo de producción capitalista, a saber, la forma privada de realizarse el trabajo social, el ser un trabajo social realizado de manera privada e independiente; en síntesis, el trabajo privado. Tan ausente está el trabajo privado en la concepción de Holloway que no aparece siquiera mencionado una vez en el texto que presenta para este coloquio.

El trabajo humano es la acción que, al mismo tiempo que por su materialidad concreta produce valores de uso distintos, por su materialidad abstracta produce a estos valores de uso con un atributo que los hace aptos para entrar en la relación de cambio como iguales. Pero si la materialidad del trabajo abstracto da a las mercancías una materialidad común que les permite entrar en la relación de cambio, no es una determinación propia del trabajo abstracto la que da a las mercancías su atributo social del cambio. Este atributo, lo que hace de un valor de uso producto del trabajo un valor, es la forma de privado con que se realiza el trabajo social. En otras palabras, el trabajo abstracto es común a toda forma social, pero cuando se lo materializa bajo la forma históricamente específica de privado e independiente, se representa como la substancia social común que, en tanto tal, no contiene un átomo de materialidad: el valor de las mercancías. Su producto se encuentra determinado así como la relación social general enajenada entre los individuos recíprocamente libres, esto es, entre los individuos que no se encuentran personalmente sometidos unos a los otros porque se enfrentan al producto de su propia acción consciente y voluntaria como a una potencia social objetivada que los domina en la organización de su proceso de metabolismo social:

Este carácter fetichista del mundo de las mercancías responde, como lo ha puesto ya de manifiesto el análisis anterior, al carácter social genuino y peculiar del trabajo productor de mercancías.

Si los objetos útiles adoptan la forma de mercancías es, pura y simplemente, porque son *productos de trabajos privados independientes los unos de los otros*. El conjunto de estos trabajos privados forma el trabajo colectivo de la sociedad. Como los productores entran en

---

En la sección mencionada de *El capital*, Marx, en efecto parece brindar una base para la interpretación del trabajo abstracto precisamente en un sentido fisiológico: ... Ni los [defensores] ni los [adversarios de Marx] observan que la concepción simplificada del trabajo abstracto ..., basada a primera vista en una interpretación literal de las palabras de Marx, no puede en modo alguno ser compatible con la totalidad de la teoría del valor de Marx, ni con una serie de pasajes de *El capital*. (Rubin, Isaak (1927). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Cuadernos de Pasado y Presente, 53, Buenos Aires, 1974, p. 188)

Interesante compañía para Rubin y Holloway es la Academia de Ciencias de la URSS, que podía llegar hasta la contradicción grotesca para imputarle al trabajo abstracto una existencia histórica:

El trabajo de los productores de mercancías, concebido como inversión de su fuerza humana de trabajo en general, independientemente de la forma concreta que revista, es el *trabajo abstracto*. ... El trabajo abstracto, que forma el valor de la mercancía, es una categoría histórica, una forma específica del trabajo social, inherente tan sólo a la economía mercantil. (Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía Política*, Editorial Fundamentos, Buenos Aires, 1962, pp. 57-58)

contacto social al cambiar entre sí los productos de su trabajo, es natural que el carácter específicamente social de sus trabajos privados sólo resalte dentro de este intercambio. También podríamos decir que los trabajos privados sólo funcionan como eslabones del trabajo colectivo de la sociedad por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores. Por eso ante éstos, las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados *aparecen* como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como *relaciones materiales* entre personas y *relaciones sociales entre cosas*. (Marx, Carlos, op. cit., p. 38)

¿Por qué, entonces, esa necesidad de sacar de la vista el carácter privado del trabajo? ¿Por qué esa necesidad de borrar la determinación históricamente específica del trabajo social en el modo de producción capitalista y poner en su lugar a lo que es naturalmente común al trabajo humano en toda forma de sociedad?

La sustitución del atributo históricamente específico por uno naturalmente común a toda forma de sociedad, hace aparecer los atributos históricamente específicos del trabajo productor de mercancías y, por lo tanto, los atributos del productor de mercancías mismo, como si fueran atributos naturalmente humanos. Y ¿cuál es el atributo específicamente propio del productor de mercancías? El ser un individuo portador de una conciencia libre. Pero, tan pronto como el trabajo productor de mercancías es despojado de su determinación histórica específica como trabajo social hecho de manera privada e independiente, la libertad del productor de mercancías queda despojada de su determinación históricamente específica como forma necesaria de su contrario, o sea, de la enajenación en la mercancía. Tan pronto como se despoja al trabajo productor de mercancías de su determinación histórica específica de trabajo privado, la conciencia y voluntad del productor de mercancías quedan despojadas de su propia determinación histórica como formas concretas necesarias de la conciencia y la voluntad enajenadas en la mercancía. Con lo cual pasan, de ser las portadoras de la enajenación en la mercancía, a ser un atributo abstractamente natural del ser humano. Así, la libertad se convierte en un atributo abstractamente propio del ser humano por naturaleza. Aparencia a la que sigue la de que el modo de producción capitalista no lleva consigo más necesidad que la de ser una imposición sobre la natural libertad humana, que vacía al trabajo de su contenido correspondientemente natural, tornándolo abstracto para esa natural humanidad del trabajador.

De manera que, bajo la apariencia de tratarse de una crítica al carácter fetichista de la mercancía, la concepción presentada por Holloway no hace más que reproducir ese carácter. En vez de reconocer a la libertad humana brotando históricamente de la enajenación en la mercancía, la concibe invertida como un atributo natural que ha venido a caer dominado, en el avatar histórico, por las potencias sociales del producto de su trabajo abstracto. Y ésta no es ni más ni menos que la apariencia propia de la conciencia fetichista del productor de mercancías.

Ahora bien, ¿de qué determinación específica es portadora esta conciencia fetichista cuando se presenta bajo la apariencia de corresponderse con la conciencia social producida originalmente por Marx?

El descubrimiento de la forma de valor que tiene el producto del trabajo social realizado de manera privada e independiente o sea, por los individuos personalmente libres, no es sino el proceso en que la conciencia enajenada, actuando a través de su forma concreta de conciencia libre que se enfrenta como tal con la necesidad de transformar al mundo, se descubre a sí misma en su condición de conciencia enajenada. Es decir, en su acción libre, esta conciencia se descubre a sí misma como su propio contrario, la negación de la conciencia libre. Pero, como ya vimos, la libertad consiste en el conocimiento de las propias determinaciones, para realizarlas bajo el dominio de la

propia voluntad. Por lo tanto, cuando la conciencia enajenada se descubre a sí misma como tal conciencia enajenada, lo que está haciendo es determinarse a sí misma como la conciencia enajenada que se conoce en su propia enajenación. En consecuencia, se está determinando a sí misma como una conciencia libre, en tanto conciencia enajenada que se afirma mediante su propia negación. Con lo cual, está lejos de determinarse a sí misma como una conciencia simplemente libre. Así como la conciencia enajenada es la negación de la conciencia libre, la conciencia enajenada que se conoce en su enajenación es una conciencia libre sólo como la negación de la negación de la conciencia libre. De modo que el descubrimiento de su determinación no la libera, ni mucho menos, de la necesidad de seguir sometiéndose al dominio de las potencias sociales del producto de su trabajo, de seguir actuando como personificación de la mercancía. Esta, y no otra, es nuestra relación social general y, por lo tanto, la determinante de nuestra acción como sujetos sociales. Sólo que la condición de personificación de la mercancía ha dejado de operar a nuestras espaldas. *El capital* de Marx es en sí mismo el desarrollo, realizado por primera vez y puesto bajo una forma que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella.

La inversión del descubrimiento realizado por Marx para presentarlo como si fuera la consagración de la conciencia abstractamente libre no puede sino ser expresión de la negación del desarrollo de esas potencias históricas. Por muy crítica que quiera parecer, dicha inversión es impotente para trascender la reproducción del modo de producción capitalista en cuanto esta trascendencia necesita ser portada por una acción que conozca su propia determinación por sobre toda apariencia.

El plantearse la necesidad de la superación del modo de producción capitalista bajo la apariencia de tratarse de la «crisis del trabajo abstracto» no puede sino vaciar a esa superación de su necesidad histórica específica. Con lo cual presenta esa necesidad reducida a no tener más potencia que el brotar de una abstractamente natural conciencia y voluntad libres.

### **La determinación históricamente específica de la conciencia portadora de la superación del modo de producción capitalista**

Detengámonos en la conciencia que se afirma en su libertad por conocerse en su enajenación. ¿De dónde saca su necesidad? Esta necesidad no brota de su condición de conciencia libre, sino que lo hace de su condición enajenada de personificación de la mercancía. Y la mercancía es el concreto más simple portador de la organización del proceso de metabolismo social en el modo de producción capitalista. Por lo tanto, la conciencia enajenada que conoce su enajenación no puede ser sino portadora de la reproducción de este modo de producción. Pero es una conciencia enajenada que tiene su especificidad determinada por el hecho de conocer su propia enajenación y, por lo tanto, es una conciencia enajenada que tiene su especificidad determinada como superación de la enajenación. Esta especificidad pone de manifiesto que esta forma de conciencia no puede tener más razón de existencia que el hecho de que la reproducción del modo de producción capitalista lleva en sí la necesidad de trascender de sí a través del desarrollo de una acción voluntaria que se rige mediante el conocimiento de su propia determinación por sobre toda apariencia respecto de su libertad.

Recordemos que el proceso natural de la vida propiamente humana consiste en el desarrollo constante de la capacidad para actuar sobre el medio de manera consciente

y voluntaria, transformándolo en un medio para el proceso de metabolismo social. Esto es, la historia natural humana es la historia del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social. Las fuerzas productivas históricamente específicas del trabajo productor de mercancías, o sea, del trabajo libre individual, no se presentan brotando de su determinación como órgano del trabajo social. Por el contrario, parecen por completo ajenas a esta determinación. Lo que caracteriza al trabajo libre individual es la impotencia absoluta de la conciencia y la voluntad de quien lo realiza para controlar el carácter social del mismo.

Tenemos entonces que la potencialidad específica del modo de producción capitalista para el desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad no nace de manera directa de las potencias sociales del trabajo humano. Por el contrario, nace del carácter mismo de privado con que se realiza el trabajo social en él. Pero el despliegue de esa potencialidad no puede ser otra cosa que el llevar este carácter de privado más allá de sí mismo. Y más allá de la forma de privado con que se realiza el trabajo social, no hay otra cosa que la transformación de esa forma misma en trabajo directamente social. Por lo tanto, nuestro punto de partida ya nos dice que, por mucho que el modo de producción capitalista aparezca necesariamente como el imperio del carácter privado del trabajo, su desarrollo no puede encerrar más contenido que el ser la historia del proceso de transformación del trabajo privado en un trabajo libre directamente social. Pero nuestro punto de partida también nos dice que este desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social mediante la socialización del trabajo libre se encuentra portado como atributo del trabajo privado. Luego, la historia de dicho desarrollo no puede ser sino la historia del desarrollo de los límites a su propia realización. De ahí que el desarrollo de la conciencia liberada de su enajenación en la mercancía no puede tener más curso que como negación de la negación de la conciencia libre. Pero, de ahí también, que el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo la forma históricamente específica del desarrollo de la libertad humana -o sea, el desarrollo de la libertad humana en que ésta se transforma, de consistir en no encontrarse sometido al dominio personal de otro por encontrarse sometido al dominio de los atributos sociales del producto del propio trabajo, a consistir en no encontrarse sometido al dominio personal de otro porque se tiene el dominio pleno sobre el propio trabajo individual como órgano del trabajo social- tenga por forma necesaria la superación del modo de producción capitalista.

Sólo nos cabe aquí avanzar sobre las formas concretas de esta determinación de manera extremadamente sintética.

## **El modo de producción capitalista**

Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía.

Tal es el modo capitalista de organizar la producción social. El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencias revolucionarias históricamente específicas que las que obtiene de su propia relación social general, o sea, de la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía no es sino la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y su voluntad revolucionarias.<sup>4</sup>

La clase obrera se constituye a sí misma como tal en su relación necesariamente antagónica con el capital por la venta de la fuerza de trabajo por su valor. Pero el desarrollo de sus potencias revolucionarias específicas no se limita al desarrollo de la subsunción formal del trabajo en el capital. A través de la producción de plusvalía relativa -esto es, del abaratamiento de la fuerza de trabajo por la constante revolución técnica que multiplica la productividad del trabajo aplicado a la producción de sus medios de vida- el trabajo se encuentra realmente subsumido en el capital.<sup>5</sup> Aun como clase obrera y en su proceso de consumo individual, los obreros son atributo del capital,<sup>6</sup> que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia.<sup>7</sup> El capital rige hasta la ley de su reproducción biológica.<sup>8</sup> Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de que se trata de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

## **La transformación capitalista de la materialidad del trabajo y del trabajador**

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Esta revolución no se limita simplemente al carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria mecanizada. Con el desarrollo del sistema de la maquinaria, el capital revoluciona la naturaleza material misma del trabajo. El trabajo va dejando de consistir esencialmente en la aplicación consciente de la fuerza y pericia humanas sobre la herramienta, para hacer que ésta actúe sobre un objeto, transformando así el valor de uso del mismo. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación del gasto consciente de cuerpo humano al ejercicio del control científico sobre las fuerzas

---

<sup>4</sup> «No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser». Marx, Carlos en Marx, Carlos y Federico Engels *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1971, p. 51.

<sup>5</sup> Marx, Carlos, *El capital*, op. cit., pp. 426-27.

<sup>6</sup> Marx, Carlos, ibíd., p. 482.

<sup>7</sup> Marx, Carlos, ibíd., p. 487.

<sup>8</sup> Marx, Carlos, ibíd., pp. 534 y 544.

naturales, y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de descargar automáticamente dichas fuerzas naturales sobre la herramienta, haciendo que ésta actúe transformando el valor de uso del objeto del trabajo.<sup>9</sup>

Luego, el productor de mercancías tiende a ser un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres -en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida, que consecuentemente se les enfrentan como una potencia social ajena-, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo, pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y la voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.

### **Universalidad y fragmentación capitalistas de la subjetividad productiva del obrero**

El modo de producción capitalista tiende a determinar al obrero como un sujeto social cuya libertad se desarrolla en tanto la materialidad de su propio proceso de trabajo, regido de manera enajenada, lo va transformando necesariamente en el portador de una conciencia científica, vale decir objetiva y, por lo tanto, libre, que apunta hacia un alcance universal. Y, así como el capital va borrando de la materialidad del proceso de trabajo las particularidades que corresponden a la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre los objetos, va universalizando los atributos de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, va universalizando las condiciones de su reproducción, o sea, los atributos del consumo humano.

Claro está que el modo de producción capitalista realiza esta transformación en tanto la organización consciente de la producción social es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto esa organización consciente es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto material, que se ha convertido en portador de la relación social general; en tanto se trata de la socialización del trabajo privado. De modo que el capital sólo puede desarrollar las potencias y necesidades universales de los sujetos del trabajo social a través de su contrario, o sea, a través de mutilar y fragmentar constantemente la universalidad de la fuerza de trabajo.

Con su socialización privada del trabajo, el capital revoluciona la materialidad del proceso de trabajo del modo visto, a expensas de fragmentar la fuerza de trabajo social al determinar la subjetividad productiva del obrero de la gran industria de tres modos contrapuestos.

En primer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera que participa en el obrero colectivo como portadora del desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general inherente al desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la

---

<sup>9</sup> Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 425. Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 2, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 227-230 y 236-237.

sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero esto no quiere decir que el capital avance simplemente en él. Por el contrario, para empezar, el capital mismo contrarresta constantemente su propia tendencia histórica general, convirtiendo cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un atributo objetivado en la maquinaria. Con lo cual logra simplificar el trabajo, no ya meramente manual sino intelectual, que ejerce dicho control. Al mismo tiempo, en el proceso de expansión de su subjetividad productiva enajenada, el obrero colectivo se extiende hasta tomar a su cargo la coacción sobre sí mismo y la representación general del capital. La relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior del obrero colectivo y, en consecuencia, al interior de la propia clase obrera. Los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, trabajadores forzados para el capital social, miembros de la clase obrera. De donde, aun la parte de la clase obrera que el capital determina como portadora directa del desarrollo de la subjetividad productiva se encuentra mutilada en su capacidad para conocer su propia determinación como sujeto enajenado de la producción social. Por lo tanto, el capital mutila a esta parte de la clase obrera en el ejercicio mismo de la potencia histórica para la cual la constituye: el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la organización consciente objetiva del trabajo social. Esta mutilación de la conciencia objetiva -que la torna en forma concreta de su contrario, la conciencia enajenada-, sólo puede estar portada por la forma misma del método científico que la produce. Sólo puede ser producto, pues, de que el método científico sea, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de su contrario, la ideología.<sup>10</sup>

En segundo lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice del control objetivado de las fuerzas naturales, o sea, en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca a masas enteras de este tipo de obrero del proceso directo de producción. Y hace otro tanto con el obrero parcial aún sujeto a la división manufacturera del trabajo. Reemplaza lo que era la intervención necesaria de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción por la habilidad objetivada en una máquina. Así y todo, a la par que cada salto técnico expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión. De modo que el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad regido por la producción de plusvalía relativa mediante el uso de la maquinaria lleva en sí su propia negación. Lo hace en tanto multiplica la población obrera a la que, lejos de desarrollarle su subjetividad productiva, necesita reproducir con una subjetividad productiva cada vez más degradada.

En tercer lugar, la acumulación de capital en base a la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación

---

<sup>10</sup> Sobre la cuestión específica del método del conocimiento científico, ver Iñigo Carrera, Juan, *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, op. cit., capítulo 7.

social general de la población obrera, es decir, la relación social general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte. De este modo brutal, el capital resta el aporte de masas crecientes de la población obrera al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

La unidad mundial de la acumulación de capital se realiza bajo la forma de procesos nacionales independientes. Esta forma, ella misma manifestación concreta del carácter privado del trabajo, agudiza la fragmentación de la clase obrera basada en la diferenciación de su subjetividad productiva. La acumulación mundial toma así forma en la constitución de un número restringido de naciones en donde el capital tiende a ubicar el tipo de trabajo que expande los atributos productivos del obrero. Al mismo tiempo, el desarrollo pleno de la unidad mundial determina a otros países como ámbitos de acumulación limitados por la producción de ciertas mercancías. Esta producción nacional se basa en la presencia relativamente favorable de condicionamientos naturales que afectan la productividad del trabajo y no son controlables por el capital. En estos ámbitos nacionales, la acumulación de capital desarrolla su especificidad en torno a la apropiación de la renta de la tierra. Los terratenientes y los capitales medios que se acumulan, en base a esta apropiación, liberados de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, son socios en la misma.<sup>11</sup> La acumulación de capital determina a un tercer tipo de ámbito nacional como localización de los procesos productivos que requieren esencialmente una fuerza de trabajo degradada en sus atributos productivos y determinada como población obrera sobrante latente o estancada. Por último, la unidad mundial de la acumulación de capital no deja a otros países más potencialidad que el ser reservorios de población obrera sobrante consolidada.

Sobre la base de esta diferenciación nacional, el capital actúa en contra de su tendencia histórica hacia la universalización de las condiciones en que reproduce a los obreros de la gran industria. Lo hace al asociar las diferentes subjetividades productivas de los órganos especializados del obrero colectivo con las diferentes condiciones de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional. Luego, suma a su capacidad de explotación, la exacerbada competencia internacional que impone entre los fragmentos nacionales de la clase obrera. La cuestión acerca de la forma de la unidad que la clase obrera necesita oponer a su doble fragmentación por el capital se encuentra en la base misma de la cuestión acerca de las formas de conciencia capaces de organizar su acción política.

### **La razón histórica de existir del modo de producción capitalista**

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la socialización creciente del trabajo privado, o sea, la reproducción del modo de producción capitalista, toma forma concreta en la negación de ese desarrollo a través de las mutilaciones que necesariamente impone sobre la subjetividad productiva de toda la población obrera. Esta forma concreta bajo las cuales el modo de producción capitalista

---

<sup>11</sup> La Argentina es una de las expresiones más plenas de esta especificidad. Ver al respecto: Iñigo Carrera, Juan, «La acumulación de capital en la Argentina», Documento del CICP, Buenos Aires, 1998, «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino», *Realidad Económica*, N° 171, 2000, p. 52-75 y *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

desarrolla las fuerzas productivas del trabajo social libre bastan para poner en evidencia que no se trata de la forma social acabada de ese desarrollo. Se trata de una modalidad histórica específica que lleva en sí la necesidad de su propia superación.

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo de producción capitalista: la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado. Se trata de un trabajo cuyo producto se enfrenta a sus propios productores como el portador autónomo de la capacidad para poner en marcha al trabajo de la sociedad y, por lo tanto, como el portador de una potencia social que les es ajena y los domina. Esta contradicción inmanente al modo de producción capitalista es la que lo hace llevar en sí la necesidad de superarse a sí mismo, engendrando en su propio desarrollo la organización consciente general de la producción social.

### **La centralización del capital como propiedad enajenada de la clase obrera**

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo -que al mismo tiempo implica su socialización directa- desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.<sup>12</sup>

La socialización completa del trabajo privado, esto es, la centralización absoluta del capital como propiedad de un estado mundial, es el curso necesario de la acción política de la clase obrera como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero este no es su verdadero fin. Después de todo, una sociedad en donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encontrara en manos de los obreros asalariados, y el capital fuera una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, sería la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Aquí, la separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Estos medios se le enfrentan al obrero directamente -esto es, ya sin necesitar la mediación de la figura del capitalista- como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina.

### **La organización consciente, o sea libre, de la vida social**

---

<sup>12</sup> Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

El carácter privado del trabajo quiere decir lisa y llanamente que la conciencia libre que organiza cada unidad del trabajo social se encuentra privada de controlar sus propias potencias sociales. Estas se le presentan invertidas como el poder social que impone sobre ella su producto -el capital- para corporizar la unidad general del trabajo social. En tanto la conciencia libre personifica necesariamente este poder social que pertenece a su producto, se encuentra determinada como conciencia enajenada.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica -es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad- al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

El límite absoluto al desarrollo capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad reside en esta negación del dominio pleno sobre las propias potencias del trabajo social. Por lo tanto, la barrera capitalista última al desarrollo de las fuerzas productivas reside en la mutilación que le impone a la conciencia libre su determinación como forma de existencia de la conciencia enajenada. La superación de esta barrera implica necesariamente la aniquilación del trabajo privado como modo de organizarse el trabajo social, dando curso a la organización consciente general de este trabajo.

Este paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social. Lo que hace es aniquilar al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin. La nueva relación social general tiene por forma concreta la conciencia y voluntad mediante las que el trabajador se determina a sí mismo de manera inmediata como órgano individual del trabajo social. La plenitud de la libertad no se limita ya simplemente a la ausencia del sometimiento del individuo al dominio personal de otro. Se ha desarrollado como la conciencia objetiva plena respecto de la propia individualidad como portadora de las potencias productivas sociales. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.<sup>13</sup>

## **La conciencia obrera como negación de la negación de la conciencia libre**

---

<sup>13</sup> Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 1, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971, p. 85.

La necesidad inmanente al modo de producción capitalista de desarrollarse hasta superarse a sí mismo en la organización consciente general de la producción social nos pone de inmediato ante el proceso de desarrollo de la conciencia. La conciencia capaz de organizar al proceso de producción social en su integridad debe haber alcanzado la potencia inherente a la plenitud del conocimiento objetivo, esto es, necesita ser una conciencia plenamente libre. Pero ella no puede alcanzar esta condición como fruto de la superación ya realizada del modo de producción capitalista. Al contrario, esta superación es el fruto del pleno desarrollo de la conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia plenamente libre debe ser necesariamente el producto más genuino del propio modo de producción capitalista. Más concretamente aún, debe ser necesariamente el producto del sujeto social que el modo de producción capitalista determina objetivamente como el portador de su propia superación, resultante de la misma acción en que dicho sujeto da cuerpo a esta superación. En síntesis, la conciencia en cuestión sólo puede desarrollarse como el producto de la acción política de la clase obrera en el proceso de superar al modo de producción capitalista. Y esta acción tiene, por forma concreta necesaria, al avance en la socialización del trabajo privado mediante la centralización del capital como propiedad social enajenada, como propiedad del estado. La conciencia de la clase obrera portadora de la superación del modo de producción capitalista sólo puede desarrollarse como un momento concreto necesario de dicho proceso de centralización del capital.

Pero la conciencia de la clase obrera está determinada como atributo del capital y, por lo tanto, como forma de la conciencia enajenada. Ante todo, la conciencia libre de la clase obrera es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Es, pues, la negación de la conciencia libre bajo la apariencia de ser una conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia portadora de la superación del modo de producción capitalista no puede desarrollarse como la abstracta afirmación de la conciencia libre de la clase obrera. Sólo puede desarrollarse como la conciencia libre de la clase obrera que se determina a sí misma como una conciencia enajenada que avanza en la negación de su propia enajenación. O sea, como una conciencia cuya libertad reside en determinarse a sí misma como la negación de la negación de la conciencia libre.

### **El vaciado idealista de las potencias históricas específicas de la clase obrera como sujeto revolucionario bajo la forma de la teoría crítica**

Las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista no brotan de la realización del «derecho», la «justicia», o la «igualdad» ante la «antinatural» injusticia y explotación capitalistas;<sup>14</sup> ni de la realización de la «dialéctica de la eticidad»;<sup>15</sup> ni del «aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia»;<sup>16</sup> ni de que la mera relación antagónica entre explotadores y explotados en la lucha de clases genere una abstracta acumulación de experiencia;<sup>17</sup> ni de la autonomización de la lucha de clases respecto de su

---

<sup>14</sup> Berstein, Eduard, *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966, p. 157. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, London, 1985, pp. 180-181.

<sup>15</sup> Habermas, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Taurus Ediciones, Madrid, 1982, p. 67.

<sup>16</sup> Mezaros, István, *Marx's Theory of Alienation*, Merlin Press, London, 1986, pp. 188-189.

<sup>17</sup> Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 83.

determinación como forma concreta necesaria de la socialización del trabajo privado;<sup>18</sup> ni de la autonomización de la conciencia de la clase obrera respecto del capital, sea de manera relativa mediante la producción de una «doctrina» revolucionaria,<sup>19</sup> sea mediante su «autovalorización»;<sup>20</sup> ni de la «democratización» del capitalismo en un aparente empate entre la conciencia abstractamente libre y la conciencia abstractamente enajenada mediante el «socialismo de mercado»;<sup>21</sup> ni de la producción de una conciencia obrera capaz de seguir desarrollándose por su cuenta más allá del agotamiento del desarrollo de las fuerzas productivas;<sup>22</sup> ni de la necesidad de evitar la «barbarie» ante la imposibilidad mecánica de la reproducción del capital;<sup>23</sup> ni de esta imposibilidad mecánica misma;<sup>24</sup> ni de la resistencia de la población obrera sobrante para el capital en su lucha desesperada por sobrevivir.

Cada una de estas supuestas razones presupone que la conciencia obrera se impone por sí sobre la propia determinación del ser social de la clase obrera como atributo del capital. Todas ellas constituyen, por lo tanto, inversiones idealistas. Y a todas ellas es necesario oponer un enfoque materialista. El modo de producción capitalista no es sino la forma en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas materiales mediante la acelerada socialización del trabajo libre -o sea, mediante la gestación y el avance de la organización consciente del trabajo social por los propios productores directos- al poner a la multiplicación misma de dicha socialización como el objeto inmediato de la producción y el consumo sociales. De modo que esta modalidad de organización de la producción social se pone en acción con el fin inmediato de reproducir esta misma modalidad de organización en una escala cualitativa y cuantitativamente ampliada. De ahí su necesidad específica de revolucionar la materialidad misma del proceso de trabajo, transformándolo en el ejercicio de las facultades humanas para subordinar las fuerzas naturales a su control consciente ejercido como una potencia directamente social. Pero también de ahí que los productores directos se enfrenten al producto de su propio trabajo libre como el portador de la organización de la producción social que se les impone como una potencia ajena que los domina; o sea, como la negación misma de su organización consciente del trabajo social, como capital. Por lo tanto, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente la materialidad del proceso de trabajo de una manera que encierra la necesaria superación de su propia reproducción. Sólo por estar plenamente determinada como atributo de su propio producto material enajenado, y por conocerse plenamente en esta determinación suya como forma necesaria de avanzar en la socialización consciente del trabajo, la acción revolucionaria de la clase obrera es la expresión plena actual de la acción liberadora.

Volvamos a «la crisis del trabajo abstracto». El borrado del carácter privado del trabajo como la determinación histórica específica del proceso de metabolismo social

---

<sup>18</sup> Holloway, John, «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle», Werner Bonefeld y John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London, 1991, p. 100.

<sup>19</sup> Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx* (título original: *Pour Marx*), Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1968, pp. 142-181.

<sup>20</sup> Negri, Antonio, *Marx au-delà de Marx*, Christian Bourgois Éditeur, Paris, 1979, p. 182.

<sup>21</sup> Schweickart, David, *Against Capitalism*, Cambridge University Press, New York, 1993. Roemer, John, *A Future for Socialism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994.

<sup>22</sup> Trotsky, León, *El Programa de Transición*, Ediciones Política Obrera, Tigre, s/f, pp. 5, 7-8 y 42-44.

<sup>23</sup> Luxemburg, Rosa, *La acumulación de capital*, Editorial, Buenos Aires, 1968, pp. 332 y 384.

<sup>24</sup> Grossmann, Henryk, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 121.

bajo el modo de producción capitalista vacía a la clase obrera de su potencia revolucionaria específica. No le deja más que la abstracta voluntad de realizar una no menos abstracta libertad natural. Así, Holloway contrapone a la determinación concreta de la conciencia de la clase obrera como portadora enajenada del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, un

«... sino que van a hacer lo que a ellos les parece necesario o deseable». (Holloway, John, op. cit.)

Y, entonces, desde un punto de vista verdaderamente crítico, no podemos sino preguntar: ¿de dónde brota lo «necesario y deseable»? ¿De la abstracta libertad natural humana? Ciertamente no. Se trata de una abstracción que no tiene más contenido que la apariencia de la conciencia libre ... ¡del productor de mercancías! Se trata del más puro fetichismo de la mercancía. Pero no simplemente de él, sino con la particularidad de estar presentado, no por cuenta de su autor, sino con la pretensión de ocupar el espacio de la crítica genuina mediante la invocación del nombre de Marx, previa inversión de los desarrollos realizados por éste.

La sustitución de la forma de privado del trabajo social por la condición de abstracto como determinante de la especificidad histórica del trabajo productor de mercancías vacía al modo de producción capitalista de su especificidad histórica. Esto es, lo vacía de su determinación como forma necesaria del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo, realizado a través del desarrollo de la contradicción immanente a la organización privada del trabajo social. Por lo tanto, vacía a la clase obrera de sus propias potencias históricas específicas. Con lo cual despoja al carácter revolucionario inherente a estas potencias de su base material, rebajando su necesidad a alguna de las inversiones idealistas antes vistas.

Sin embargo, la teoría de «la crisis del trabajo abstracto» va todavía más lejos. La centralización del capital como propiedad directamente social, o sea, como propiedad del estado, es la forma más potente de la socialización del trabajo privado. Mediante esta centralización, la clase obrera toma en sus manos su propia relación social enajenada. Por lo tanto, su realización es la forma concreta general de la acción política en que la clase obrera expresa sus intereses históricos como sujeto revolucionario. Es por eso que, en su papel ideológico como expresión del fetichismo de la mercancía, la teoría en cuestión no puede contentarse con borrar la especificidad histórica del modo de producción capitalista poniendo al trabajo abstracto en el lugar del trabajo privado. Sigue adelante proclamando como quintaesencia de la acción revolucionaria superadora del modo de producción capitalista a la abominación y el horror por la acción política de la clase obrera orientada a tomar el poder del estado. De este modo, las formas de acción política en que se refleja la impotencia circunstancial de la clase obrera para ejercer la representación política general del capital social que valoriza con su plustrabajo, y por lo tanto, su impotencia circunstancial para avanzar tomando directamente en sus manos su propia relación social general enajenada, quedan ideológicamente invertidas como si fueran un salto adelante en el proceso de superación de la enajenación. La teoría crítica se muestra así en la plenitud de su propia razón de existir. No sólo borra la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera, sino que directamente pretende convencer a ésta de que lo verdaderamente revolucionario es tomar el camino opuesto a la realización de las mismas y, por lo tanto, el camino de su derrota histórica. Por eso, no es de extrañar que acabe contraponiendo, a

la necesidad de la organización política consciente de la clase obrera, el festejo posmoderno de la negación de la acción que conoce su propia necesidad:

La crisis del sujeto revolucionario es su liberación respecto del saber.

[...] Piensa en una anti-política de eventos en lugar de una política de organización. [...] En el mejor de los casos, tales eventos son destellos contra el fetichismo, festivales de los no subordinados, carnavales de los oprimidos, explosiones del principio del placer, intimaciones del *nunc stans*. (Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Revista Herramienta/Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires, 2002, pp. 304 y 307-308)

O, en otra versión de lo mismo:

En la posmodernidad volvemos a encontrarnos nuevamente en la situación de San Francisco de Asís y proponemos contra la miseria del poder, el gozo del ser. Esta es una revolución que ningún poder podrá controlar, porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución, continúan unidos, en el amor, la simplicidad, y también la inocencia. Esta es la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista. (Hardt, Michael y Antonio Negri, op. cit., *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 374)

La sola inversión del duro camino de lucha, sufrimiento y violencia que la superación del modo de producción capitalista impone a la clase obrera, en una edulcorada cuestión de «carnavales de los oprimidos», «explosiones del principio del placer», de «continuar unidos, en el amor, la simplicidad, y también la inocencia», hace que cualquier otra apologética del capitalismo palidezca de envidia frente a semejante «teoría crítica». Allí donde la clase obrera necesita enfrentar el complejo proceso de desarrollar una conciencia objetiva respecto de su propia determinación como sujeto revolucionario, la «teoría crítica» prisionera del fetichismo de la mercancía no sabe sino reivindicar la «liberación respecto del saber», la «simplicidad» y la «inocencia», es decir, la ignorancia y la irracionalidad.

Buenos Aires, julio de 2007